

(Desde hace algunos momentos un hombre ha entrado por la puerta del fondo, embozado en una ancha capa, y cubierta la cabeza con un sombrero galoneado de plata. Avanza lentamente hacia Ruy Blas sin ser visto, y en el momento en que éste, ebrio de dicha, levanta los ojos al cielo, le pone bruscamente la mano en el hombro. Ruy Blas se vuelve con viveza: el hombre deja caer el embozo: es D. Salustio, vestido de librea color de fuego, con galones de plata, semejante á la del paje de Ruy Blas.)

ESCENA V

RUY BLAS, D. SALUSTIO

D. SALUSTIO.—Buenos días.

RUY BLAS (*aterrado, aparte*).—¡Gran Dios, estoy perdido! El marqués!

D. SALUSTIO (*sonriendo*).—Apostaría á que no pensabais en mí.

RUY BLAS.—En efecto, vuestra presencia me sorprende. (*Aparte.*) ¡Oh! ya renace mi desgracia; yo miraba el ángel, mientras que el demonio venía.

(*Corre hacia el tapiz que oculta el gabinete secreto, cierra la puertecilla con arrojo, y vuelve temblando hacia don Salustio.*)

D. SALUSTIO.—Y bien, ¿cómo va por aquí?

RUY BLAS (*con la mirada fija en D. Salustio impasible, apenas puede coordinar sus ideas*).—¡Esa librea!...

D. SALUSTIO (*sonriendo siempre*).—Érame preciso entrar en palacio, y como con esta librea se puede llegar á todas partes, he tomado la vuestra, que no deja de agradarme. (*Se cubre; Ruy Blas permanece descubierto.*)

RUY BLAS.—Es que yo temo por vos.

D. SALUSTIO.—¡Temor risible!

RUY BLAS.—¡Estáis desterrado!

D. SALUSTIO.—¿Lo creéis así? Es posible.

RUY BLAS.—Si os reconociesen en el palacio en pleno día...

D. SALUSTIO.—¡Bah! los cortesanos felices que viven descuidados no irán á perder el tiempo en examinar el rostro de un caído para recordar quién es; y además, ¿quién repara en un lacayo? (*Se sienta en un sillón; Ruy Blas permanece en pie.*) ¿Y qué se cuenta en Madrid, amigo mío? ¿Es cierto que, poseído de un celo hiperbólico en favor del tesoro público, desterráis á ese buen Priego, uno de nuestros nobles? ¿Habéis olvidado que sois parientes? Su madre es Sandoval, como la vuestra; ¿qué diablo! y en su escudo lleva oro en campo de gules. Mirad vuestros blasones, don César; esto es muy claro; entre parientes no se hacen tales cosas. ¿Pensáis que los lobos se hacen daño entre sí, fingiéndose corderos? Abrid los ojos para vos mismo, pero cerradlos para los demás. Cada cual para sí.

RUY BLAS (*tranquilizándose un poco*).—Sin embargo, señor, permitidme observar que el marqués de Priego, como noble, gravaba los ingresos del tesoro, precisamente cuando será necesario poner un ejército en campaña. No tenemos dinero, y se necesita. El heredero bávaro se muere, según me decía ayer el conde de Harrach, embajador de Austria, á quien debéis conocer. Si el archiduque quiere sostener su derecho, la guerra estallará...

D. SALUSTIO.—El aire me parece un poco frío; hacdme el favor de cerrar la ventana.

(*Ruy Blas, pálido de vergüenza y desesperación, vacila un instante; después hace un esfuerzo y se dirige lentamente á la ventana, ciérrala y vuelve hacia D. Salustio, que sentado en el sillón, le mira con expresión de indiferencia.*)

RUY BLAS (*continúa, tratando de convencer á D. Salus-*

tio).—Dignaos reflexionar hasta qué punto es inoportuna la guerra, no teniendo dinero. La salvación de España depende de nuestra probidad más que de otra cosa; y yo, como si nuestro ejército estuviese ya preparado, he mandado decir al emperador que le haré frente...

D. SALUSTIO (*interrumpiendo á Ruy Blas, y mostrándole un pañuelo, que ha dejado caer al entrar*).—Tened la bondad de recogerme el pañuelo. (*Ruy Blas, apurada la paciencia, vacila otra vez, pero al fin recoge el pañuelo y preséntale á D. Salustio, quien añade, guardándole en el bolsillo:*) ¿Decíais?...

RUY BLAS (*haciendo un esfuerzo*).—La salvación de España y el interés público exigen un sacrificio. Toda nación bendice á quien la salva, y para ello debemos atrevernos á ser grandes, á despejar las sombras de la intriga y á desenmascarar á los bribones.

D. SALUSTIO (*con indolencia*).—En efecto, esa es mala compañía; mas no creo que se deba hacer tanto ruido por un pobre millón que han devorado, ni tampoco es cosa de poner el grito en el cielo. Amigo mío, nuestros grandes señores no son ganapanes como los vuestros, y gustales vivir holgadamente. Os digo con franqueza que eso de hacer el Quijote para corregir abusos, siempre henchido de orgullo y rojo de cólera, me parece una ridiculez; pero ¡bah! os habéis empeñado en ser popular y en que os adoren los plebeyos; queréis ser famoso en tiendas y plazuelas. ¡Qué rareza! Tened otros caprichos menos vanos. ¡El interés público! Pensad antes en el vuestro; y en cuanto á la salvación de España, esta es una frase hueca que otros harán resonar mejor que vos. ¿La popularidad? es pobre gloria; y eso de convertiros en dogo que ladra siempre al rededor de las gabelas, paréceme triste oficio. ¡La virtud, la fe, la probidad, palabras vanas! Todo esto estaba gastado ya en tiempos de Carlos V. Duéleme que pa-

rezcáis un necio, siendo hombre inteligente. Romped á puntapiés vuestro globo ridículo é hinchado, para que salga el viento de tantas necedades.

RUY BLAS.—Sin embargo, señor...

D. SALUSTIO (*con helada sonrisa*).—¡Qué raro sois! Ocupémonos ahora en cosas más serias. (*Con tono breve é imperioso*.) Me esperaréis mañana todo el día en vuestra casa, es decir, en la que yo os he dado, pues ya se acerca el desenlace de mis planes. Quedaos tan sólo con los mudos para vuestro servicio, y tened en el jardín oculta una carroza preparada para emprender un viaje. Yo me cuidaré del cambio de mulas. Hacedlo todo tal como os digo; y si necesitáis dinero os lo enviaré.

RUY BLAS.—Señor, obedeceré; consiento en todo; pero juradme antes que en este asunto nada tendrá que ver la Reina.

D. SALUSTIO (*que juega con un cuchillo de marfil sobre la mesa, se vuelve á medias*).—¿Y qué os importa?

RUY BLAS (*vacilando y mirándole con espanto*).—¡Oh! ¡sois un hombre temible! Mis rodillas tiemblan... Me arrastráis á un abismo insondable, y sospecho que proyectáis planes monstruosos. Entreveo algo espantoso... Compadeceos de mí. Es preciso que os lo diga todo para que podáis juzgar, pues no lo sabíais. ¡Yo amo á esa mujer!

D. SALUSTIO (*friamente*).—Ya lo sabía.

RUY BLAS.—¡Lo sabíais!

D. SALUSTIO.—¡Pardiez! ¿Qué importa esto?

RUY BLAS (*apoyándose en la pared para no caer, y como hablando consigo mismo*).—¡Soy pues juguete de ese cobarde, que así me atormenta! ¡Oh! ¡qué horrible aventura! (*Levantando la vista al cielo.*) ¡Perdonadme, señor, Dios poderoso!

D. SALUSTIO.—¡Pardiez, veo que de veras estáis soñando y que tomáis por lo serio vuestro papel! Esto

es ridículo. Mis proyectos tienen un fin determinado que yo solo debo conocer; y el objeto es haceros más feliz de lo que podéis pensar. Obedeced, callad y no tengáis cuidado, que vuestra recompensa será la fortuna. Los pesares de amor valen bien poco, y todos sabemos que son muy pasajeros. Habéis de saber que se trata del destino de un imperio, y comparado con esto nada significan vuestros asuntos. Quiero deciros todo; pero tened el buen sentido de manteneros en vuestra esfera. Yo soy muy bueno y benigno; pero ¡qué diantre! un lacayo no es al fin más que humilde vaso donde puedo verter mis fantasías. El amo puede hacer de vosotros lo que le plazca, disfrazaros y descubrirlos á su antojo. Yo os hice gran señor por un momento dejándoos después libre; pero no olvidéis, que sois mi lacayo. Cortejáis á la reina, como también podríais colocaros detrás de mi carroza. Sed razonable, amigo mío.

RUY BLAS (*que ha escuchado aturdido, y como no pudiendo dar crédito á lo que oye*).—¡Oh Dios mío, Dios clemente, Dios justo! ¿De qué crimen será este el castigo? ¿Qué he podido hacer yo? ¡Señor! tú que eres el padre de todos ¿quieres verme morir desesperado? De mi parte no hay falta, y no debo ser víctima. Señor marqués, me habéis lanzado en un abismo, y es una crueldad martirizar un pobre corazón, lleno de amor y de fe, para llevar á cabo una venganza. (*Hablando consigo mismo.*) ¡Oh! sí, es una venganza, no hay duda alguna, y bien adivino que es contra la Reina. ¿Qué hacer? ¿Iré á decirle todo? ¡Cielos, ser un objeto de disgusto y de horror para ella, ser un bribón, un pillo de dos caras, á quien se expulsa á palos! ¡Jamás! ¡Me vuelvo loco! (*Pausa.*) ¡Dios mío! he aquí cómo se hacen las cosas. En la sombra se construye una máquina terrible, armada de rodajes sin número; después se arroja en ella, como para probarla, una cosa, un lacayo; y por debajo de las ruedas, puestas ya en movi-

miento, se ve salir una masa de carne palpitante, una cabeza rota, un corazón ensangrentado. ¡Y nadie se espanta entonces al reconocer que aquel lacayo era un hombre! (*Volviéndose hacia D. Salustio.*) Pero aún es tiempo, señor, pues todavía no está la horrible rueda en movimiento. (*Se arroja á sus pies.*) ¡Compadeceos de mí, apiadaos de ella! Ya sabéis que soy un servidor fiel, y con frecuencia lo habéis dicho; ya veis que me someto. ¡Gracia!

D. SALUSTIO.—Este hombre no comprenderá jamás, y á fe que me impaciento.

RUY BLAS (*arrastrándose á sus pies*).—¡Gracia!

D. SALUSTIO.—¡Abreviemos! (*Se vuelve hacia la ventana.*) Habéis cerrado mal esa ventana, y por ahí entra el frío. (*La cierra.*)

RUY BLAS (*levantándose*).—¡Oh! ¡esto es ya demasiado! Ahora soy duque de Olmedo, ministro poderoso, y levanto la frente bajo el pie que me pisa.

D. SALUSTIO.—¿Cómo decís eso? Repetid la frase: ¡Ruy Blas, duque de Olmedo! ¿No veis que sólo un Bazán puede ser Olmedo?

RUY BLAS.—¡Ordenaré que os prendan!

D. SALUSTIO.—Diré quién sois.

RUY BLAS (*exasperado*).—Pero...

D. SALUSTIO.—Acusadme; vuestra cabeza arriesgo con la mía. Todo está previsto. No toméis tan pronto ese aire triunfante.

RUY BLAS.—¡Lo negaré todo!

D. SALUSTIO.—¡Vamos, sois un niño!

RUY BLAS.—¡No tenéis pruebas!

D. SALUSTIO.—Ni vos memoria. Yo hago siempre lo que digo, y os demostraré que no sois más que el guante, y yo la mano. (*Acercándose á Ruy Blas.*) Si no obedeces, si no estás mañana en tu casa para preparar lo que necesito, si dices una sola palabra de lo que ocurre, si tus miradas ó tu ademán infunden la menor

sospecha, aquella por quien temes quedará públicamente difamada y perdida; y después recibirá, bajo sobre, un papel que conservo en sitio seguro, escrito, ya recordarás por qué mano, y firmado por quien sabes. Ese papel dice lo siguiente: «Yo, Ruy Blas, lacayo de Su Excelencia el marqués de Finlas, me obligo á servirle, como buen criado, en toda ocasión pública ó secreta.»

RUY BLAS (*con voz desfallecida*).—Basta, señor; haré lo que os plazca.

(*Se abre la puerta del fondo y entran los consejeros. Don Salustio se emboza rápidamente en su capa.*)

D. SALUSTIO (*en voz baja*).—Alguien viene. (*Saluda profundamente á Ruy Blas.*) Señor duque, soy vuestro criado. (*Vase.*)



ACTO IV

D. CÉSAR

Gabinete lujoso, de aspecto sombrío. Ornamentación y muebles usados y de antigua forma. Las paredes están cubiertas de tapices de terciopelo carmesi, desgastados por la acción del tiempo y formando cuadros cortados por franjas de oro que los separan en tiras verticales. En el fondo una puerta de dos hojas. A la izquierda, en un bastidor, gran chimenea del tiempo de Felipe II con escudo de hierro forjado en el interior. De la parte opuesta, en otro bastidor, una puerta pequeña que da á una habitación oscura. A la izquierda una sola ventana con barrotes, como los de una prisión. En las paredes algunos retratos antiguos y medio borrados. Un guardarropa con espejo de Venecia. Grandes butacas del tiempo de Felipe III. Un lujoso armario colocado junto á la pared. Una mesa cuadrada con recado de escribir. Un pequeño velador con pies dorados en un rincón. Es de día. Al levantarse el telón, Ruy Blas, vestido de negro, sin capa, sin el toisón y vivamente agitado, recorre á largos pasos la habitación. En el fondo, un paje permanece inmóvil, esperando sus órdenes.

ESCENA I

RUY BLAS, EL PAJE

RUY BLAS (*hablando consigo mismo*).—¿Qué hacer?... Ella es primero que todo; sólo en ella debo pensar.